



D. Cornelio Garay y Zuazubizcar

APUNTES NECROLÓGICOS



D. CORNELIO GARAY Y ZUAZUBIZCAR

Nació en Arechavaleta el año 1843 y falleció en esta ciudad, tras rápida dolencia, en las primeras horas del día 13 del corriente, después de haber recibido, con la tranquilidad del justo, los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad.

Su peregrinación por este mundo sólo duró 57 años, pero, si no es la mejor la vida larga, sino aquella que mejor se emplea en el servicio de Dios y del prójimo, bien puede decirse que la del finado fué preciosa por su honradez acrisolada, bondad sin límites, constante laboriosidad puesta al servicio de una inteligencia clara y por su amor entrañable á esta tierra que le vió nacer.

Su actividad se desenvolvió, principalmente, en la esfera industrial. Su padre fundó, sobre el año 1854, una fábrica de cerillas en Arechavaleta, bajo la razón social de Echeverría, Garay y Lasa; á la muerte de aquel, quedó su hijo D. Cornelio al frente del establecimiento, y, en 1864, fundó la actual fábrica de Oñate.

Por esta época, contrajo matrimonio en dicha villa con doña Luisa Aguirre, digna compañera suya por sus virtudes.

Cuando á los pocos años estalló la última guerra civil, vióse obligado á emigrar y fundó otra fábrica análoga en Valladolid, volviendo á Oñate en cuanto terminó aquella contienda, para continuar, querido de todos, trabajando sin descanso en mejorar su establecimiento hasta ponerlo á tal altura, que hoy es, por su importancia el segundo entre todos los de su clase en España.

En él ganan su sustento sobre 300 familias; y el finado, que siem-

pre abrigó paternales sentimientos hácia sus obreros, acariciaba en estos mismos días en que le ha sorprendido la muerte, proyectos de mejoras y engrandecimiento.

Como hombre público, fué varias veces alcalde de Oñate, procurador juntero en su representación, y más tarde diputado provincial, distinguiéndose en tan honrosos cargos por su celo, competencia y rectitud. No le cegó nunca la pasión política, y, en medio de sus opiniones, guardó siempre la consideración debida al adversario, siendo de todos respetado y pudiendo asegurarse que no tuvo un solo enemigo.

En prueba de ello, véase el siguiente episodio rigurosamente exacto y que demuestra lo que es el carácter bascongado.

Garay, como alcalde que era de Oñate en tiempo de la última guerra civil, comandaba á los voluntarios de la libertad con el inolvidable Felipe Dugiols y otros, y cuando los carlistas merodeaban por las inmediaciones de la villa, pernoctaba como los demás en la Casa Consistorial, aventurándose á ir durante el día á su fábrica y casa, que estaban fuera del recinto de la villa. Un día hicieron unos prisioneros carlistas y los tenían á buen recaudo en la Casa Consistorial, mientras venía una columna que los condujese á San Sebastián. Uno de ellos quiso hablar con Garay, quien pronto acudió á su lado. Le dijo el carlista que en vista del buen trato que recibía de los voluntarios á sus órdenes, quería hacerle una revelación de verdadera importancia para él, pero le impuso una condición, y era que no había de pagarle de ningún modo el servicio que le iba á prestar, insistiendo tanto en esto, para que no creyera que su declaración era interesada, que le obligó á dar su palabra. Obtenida esta, le dijo:

—Hay cuatro hombres juramentados, apostados en el camino de su casa, para matar á V., y le ruego que no vaya á ninguna hora.

Contó Garay á Dugiols y otros voluntarios lo que le decían, y todos unánimes le contestaron que era una treta del prisionero, de la que no podía hacerse caso, y para que viese que no podía ser verdad se prestaron el hermano de Dugiols y otro á pasar en seguida por aquel camino. Cuatro disparos salieron por detrás de una zarza y el hermano de Dugiols cayó muerto en el acto. Quiso Garay al ver eso gratificar al prisionero, pero este nada admitió.

Se retiraron los voluntarios de Oñate á San Sebastián y supo Garay que el prisionero estaba en el castillo de la Mota, destinado á Ul-

tramar. Obtuvo pase del General en Jefe para verle y le dijo que iba á trabajar para que no le llevaran á Ultramar. Se opuso á ello el prisionero, recordándole la palabra empeñada, insistiendo en que nada quería que hiciese para que no creyera que su revelación era interesada y si solo resultado de su agradecimiento por el buen trato que recibió.

Fué á Ultramar, sufrió su condena, y volvió después de la guerra á su patria. Le llamó Garay y le ocupó en su fábrica, así como á sus hijos, con la estimación que es de suponer.

Amantísimo del país y enamorado de toda obra benéfica, gozaba en tomar parte en estas, y sus rasgos de generosidad, llevados á cabo sin ruido y con espíritu cristiano, fueron innumerables.

Dadas las relevantes cualidades que atesoraba, fácilmente se comprende que su pérdida haya causado general sentimiento. Era hombre de universales simpatías, y bien lo han demostrado el acto de la conducción del cadáver á Oñate, el recibimiento que se le hizo en este punto y los funerales celebrados tanto allí como en esta ciudad.

A las once y media de la mañana del día 13 se verificó la conducción, presidiendo el duelo su sobrino el párroco de Fuenterrabía don Juan José Garay, el arcipreste señor Urizar, el coadjutor de Santa María señor Goñi y los señores Altube, Arrizabalaga y Vignau (D. Pedro), figurando en la comitiva los señores diputados provinciales é infinidad de personas de todas las clases sociales.

Llevaban las cintas del féretro los señores Usabiaga, Umerez, Moyua y Vignau (D. Plácido), y despedido el duelo al final del paseo de la Concha, acompañaron el cadáver hasta Oñate el hijo del finado, don Juan, y la mayor parte de las personas citadas.

Desde Oñate se trasladaron á Zumarraga á unirse á la fúnebre comitiva varios amigos que se agregaron á la comisión que presidida por el alcalde señor Arenaza estaba esperando en los pórticos de la parroquia; y después de haber sido recibido por el clero, que salió al encuentro con cruz alzada, y acto seguido de cantar un responso, rompió la marcha el triste cortejo para llegar á Oñate á la hora indicada.

Cuando la gente que se hallaba esperando divisó el coche mortuario, fué tierno é indescriptible el cuadro que se presenció: la corporación municipal, el clero y el pueblo en masa se agolparon ansiosos de rendir el último tributo al que en vida fué la bondad personificada, constituyendo el acto una verdadera demostración de cariño y sentimiento.

Después de sacar el féretro del coche, fué conducido en hombros hasta la capilla del cementerio por los capataces de la fábrica, llevando las cintas los señores Altube, Elorza, Sanz, Izaha, Arenaza y Guevara, este último en representación del Ayuntamiento. La charanga local ejecutó una marcha fúnebre durante el acompañamiento, en el que tomó parte todo el pueblo sin distinción de clases, con antorchas y velas encendidas.

El duelo lo presidió D. Juan José Garay y la corporación estaba representada por el teniente de alcalde señor Segura.

En la mañana del 15 se celebraron los funerales con gran solemnidad en la iglesia parroquial de Oñate, siendo inmensa la concurrencia de fieles, á lo cual contribuyó la afluencia de muchos amigos que llegaron desde San Sebastián, Zumarraga, Villarreal, Vergara, Mondragón, Arechavaleta y Vitoria.

El día 16 se verificaron también en la parroquia de Santa María, de esta ciudad, solemnes funerales con numerosa asistencia de amigos.

Tales han sido las manifestaciones tributadas al hombre de bien, que después de muchos desvelos y cuando, á nuestro ver, podía haber disfrutado de una gran posición social, hallando en el descanso y en los goces del hogar la compensación de su labor constante, ha sido llamado por Dios á mejor vida.

Acatando los designios de la Providencia, diremos que no solo Oñate, sino San Sebastián y la provincia entera, han perdido para su progreso un elemento valiosísimo por sus iniciativas; y creemos que la villa de Oñate se honrará á sí misma al honrar, con un justo homenaje, el recuerdo del que fué D. Cornelio Garay.

Descanse en paz, y á su respetable familia, especialmente á su señora viuda y á su hijo don Juan, en quien vemos al digno sucesor del finado, hacemos presente nuestro pésame más sentido.

